



Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://rasp.hipatiapress.com>

## **Las Canas de la Devoción: Prácticas Religiosas y Perspectiva de Género**

Felipe R. Vázquez Palacios<sup>1</sup>

1) Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social del Golfo, México

Date of publication: January 30<sup>th</sup>, 2016

Edition period: January 2016 - July 2016

---

**To cite this article:** Vázquez Palacios, F. (2016). Las Canas de la Devoción: Prácticas Religiosas y Perspectiva de Género. *Research on Ageing and Social Policy*, 4(1), 134-152. doi: [10.17583/rasp.2016.1725](https://doi.org/10.17583/rasp.2016.1725)

**To link this article:** <http://doi.org/10.17583/rasp.2016.1725>

---

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License](#) (CCAL).

# **Las Canas de la Devoción: Prácticas Religiosas y Perspectiva de Género**

Felipe R. Vázquez Palacios

*Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social del Golfo*

## **Resumen**

---

Mi objetivo es mostrar las diferencias entre ancianos y ancianas, católicos y evangélicos desde una perspectiva de género. El punto de partida es que cada etapa de la vida tiene su propia devoción, compromiso religioso y social, y que los roles masculinos/femeninos se reconfiguran, redefinen y flexibilizan conforme se transita a edades avanzadas (por arriba de los 75 años). El análisis se sustenta en una investigación etnográfica en la que se realizaron 100 entrevistas y observaciones a profundidad en contextos rurales del Golfo de México entre 2010 y 2015. Los resultados evidenciaron que, independientemente del sexo y prácticas religiosas, al irse reduciendo la participación cultural y el círculo social, se adoptaron ciertos roles, símbolos y significados religiosos, que se volvieron más personales y conllevaron, la mayoría de las veces, interacciones de mayor complementariedad y solidaridad donde la continuidad o discontinuidad de los roles masculinos y femeninos se entrecruzan en sus fronteras constantemente y donde lo más importante es el ser humano como tal.

---

**Palabras clave:** vejez, prácticas religiosas, género, discontinuidades, roles

# **The Gray Hairs of Devotion: Religious Practices and Gender**

Felipe R. Vázquez Palacios

*Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social del Golfo*

## **Abstract**

---

My purpose is to show the differences between old men and women, Catholics and Evangelicals, from a gender perspective. The starting point is that each phase of life has its own devotion, religious and social commitment, and the male/female roles are reconfigured, redefined, and more flexible as it travels to old age (above 75 years). The analysis is based on an ethnographic research in which 100 interviews and observations were realized in rural contexts of the Gulf of Mexico from 2010 to 2015. The results evidenced that regardless of gender and religious practices to go reducing cultic participation and social circle, certain roles, symbols and religious meanings were adopted, they became more personal, which led, in most of the time, to interactions more complementarity and solidarity where the continuity or discontinuity of its male and female roles constantly crisscross in their borders and where the most important is the human being as such.

---

**Keywords:** old age, religious practices, gender, discontinuities, roles.

**E**n este trabajo abordo las diferencias que se manifiestan en las prácticas religiosas entre ancianos(as) católico(as) y evangélico(as) desde una perspectiva de género. Mi punto de partida es que los factores asociados con la vejez –pérdida de la salud, necesidad de cuidado y atención, retiro laboral, nido vacío, muerte del cónyuge y pérdida de status–, en el ámbito de las experiencias religiosas, propician una reconfiguración, redefinición y flexibilización de roles masculinos y femeninos entrecruzando sus fronteras. Todo esto se traduce en relaciones de mayor complementariedad y solidaridad entre las personas envejecidas, lo que les permite garantizar la continuidad de su existencia y su representatividad como actores sociales.

El análisis se sustenta en una investigación etnográfica en la que se realizaron 100 entrevistas y observaciones a profundidad sobre la dimensión religiosa en diversas estancias de trabajo de campo en contextos rurales del Golfo de México entre 2010 y 2015. Por cuestiones de análisis clasifiqué la información en dos diferentes rangos de edad: El primero, constituido por 28 ancianos y 12 ancianas de 60 a 75 años, y, el segundo, formado por 15 varones y 45 mujeres de 75 años y más. Me enfoqué esencialmente en quienes se habían distinguido por ocupar algún cargo en sus iglesias o por ser o haber sido miembros asiduos a las actividades religiosas. Me interesaron, principalmente, aquellas personas que se encontraban en estados de dependencia e imposibilitados para salir de sus hogares, debido a que en el desarrollo de la investigación me percaté de su relevancia para este estudio. De acuerdo a su adscripción religiosa, 75 de los informantes eran católicos, 20 de corte pentecostal y neo-pentecostal, 3 presbiterianos, un metodista y un bautista.

El texto se divide en tres apartados. En el primero tomo pulso con la literatura existente de perspectiva de género abordando sus temáticas más recurrentes y centrándome en los trabajos donde se cruzan las variables de género, vejez y religión. En segundo lugar, presento la información empírica que avala el planteamiento de este análisis, resaltando las formas en las que son vividas las diferencias de lo femenino y masculino entendidas como construcciones sociales permeadas por la cultura, que las organiza y ordena conjuntamente con las creencias y prácticas religiosas, pensamientos, valores y formas de ser. Finalmente, armo una discusión sobre lo expuesto resaltando cómo las discontinuidades en los roles y la forma en que

flexibilizan las fronteras entre lo femenino y lo masculino permiten realizar algunas consideraciones sobre cómo se reorganizan y estructuran nuestras formas de organización y pensamiento más elementales en esta última etapa de la vida.

### **Religión, Género y Vejez**

Hasta ahora, nuestro interés comparativo como analistas sociales en el registro etnográfico de los imaginarios de lo femenino y lo masculino en las diferentes sociedades se ha caracterizado por centrar su visión en las esferas de la vida social relacionadas con el parentesco, la sexualidad y los roles<sup>1</sup> de género. Estas esferas de la vida social son vistas como espacios que se estructuran y son estructurados por la cultura y los preceptos religiosos, aceptados y reproducidos por la sociedad. Es interesante observar cómo, en las obras clásicas de la antropología de Maine, Bachofen, McLennan, Lubbock, Morgan y Engels, se hallan debates sobre los roles, comportamientos y organización tanto en el matriarcado como en el patriarcado, poniendo énfasis en la domesticidad de las mujeres, su pasividad, religiosidad y papel en la crianza y transmisión de valores morales. Incluso en trabajos antropológicos representativos como los de Malinowski “*The sexual life of Savages*” (1980) y el de Margaret Mead, “*Sex and temperament in three primitive Societies*” (2001), se mostró que las percepciones sobre la masculinidad y feminidad no están determinadas por el sustrato biológico, sino por el cultural y social.

No obstante, como analistas sociales, nos hemos abocado muy poco a estudiar la manera en que los roles asignados van transformándose a la par de nuestra maduración tanto como individuos y como sociedades, pese a que tenemos muy presente que la vejez provoca un cambio gradual en las obligaciones del trabajo y los roles desempeñados, a causa de la declinación del vigor, la reducción del ingreso y el círculo social, así como la falta de oportunidades, independientemente de que se sigan teniendo habilidades para continuar trabajando, o bien, el conocimiento y la experiencia para llevar a cabo diversos proyectos, trabajos y tradiciones.

En estudios un poco más recientes que se han hecho sobre el papel que los ancianos tienen en los rituales y ceremonias religiosas, se resaltan el respeto, la obediencia y consideración de los demás. San Román (1989, p. 17), por ejemplo, describe al anciano de estas primeras sociedades como:

Polígamo, con las riendas del control económico y político en una mano y del poder ritual en la otra, amado y venerado por esposas y descendientes hasta el fin de sus días, depositario del conocimiento ancestral, de la sabiduría que sólo la experiencia concede en una sociedad donde sólo la experiencia daría las claves de la adaptación. (Es) vital, cariñoso con los niños, educador de los jóvenes, autoridad para sus hijos y los hijos de sus padres...

En el caso de las ancianas, se hace énfasis en su rol pasivo, como abuelas en la esfera privada o como curanderas, parteras y rezadoras en la esfera pública. En otras palabras, se muestra cómo se han destacado por un conocimiento y saber práctico de la vida cotidiana que, si bien no las inviste de ningún tipo de poder simbólico o prestigio social, hace que su participación sea importante para el funcionamiento de las comunidades (Lombardo, 1994; Ortiz, 1990).

Es importante señalar que, en la revisión bibliográfica que hice sobre la diferenciación en los roles de la población envejecida, se encontraron menos referencias en las sociedades en contextos urbanos que en los contextos indígenas y rurales, que por cierto comparten características muy similares, pues, al llegar a la vejez, hombres y mujeres no son tratados de la misma manera. Simmons (1945) y Reyes (2002), por ejemplo, comentan que el respeto y reconocimiento son privilegio sólo de aquellos varones que han destacado por los logros de su juventud, su autonomía y capacidad de satisfacer sus necesidades;<sup>2</sup> de hecho, los hombres por lo general centran su vida en el aspecto laboral, pues ser proveedores los inviste de respeto y autoridad, por lo que al llegar la vejez, con sus impedimentos físicos y mentales, muchos de ellos se sienten como una carga para sus familias, como si al pasar de los años perdieran su status masculino (Ramos, 2005; Bijarro, 2005; Márquez, 2007). Cuestión contraria sucede en las mujeres, pues su trabajo no es reconocido socialmente, raya en la informalidad, y, si es fuera del ámbito doméstico, puede poner en juego su integridad, por lo que en su mayoría se limitan a cumplir su rol en el mantenimiento del hogar y el cuidado de niños y familiares dependientes (Arias, 2009; Márquez, 2007; Montes de Oca y Herbero, 2007; Ripoll, 2014; Briñon, 2015; L.F. y Bastida, 2015).<sup>3</sup>

Por otro lado, los movimientos que se dieron en favor de la equidad de género<sup>4</sup> en los años setentas no sólo tuvieron un impacto en el ámbito

académico, político y social, también dieron pie a investigaciones donde se mostró que no es lo mismo ser creyente varón o mujer en edades avanzadas (Vázquez, 2012; Velázquez, 2013; Vázquez, 2014). La ordenación de la primera ministra de la Iglesia Congregacional del estado de Nayarit en México en 1974 y de mujeres pastoras en la Iglesia Metodista, así como el hecho de que algunas ocupasen puestos como el de obispas en iglesias como la anglicana, metodista, luterana y pentecostal, hicieron que como analistas sociales de la religión, profundizáramos en la creciente participación y protagonismo femenino en el ámbito religioso. Brusco (1986), por ejemplo, se centra en cómo las mujeres pueden ser agentes de cambio en sus roles tradicionales y que la conversión rompe la barrera entre lo masculino y lo femenino reestableciendo las relaciones matrimoniales. Lagarriga (1995) destaca los papeles de las monjas, rezanderas y organizadoras de diversas actividades sociales y religiosas como las visitas en los hospitales y cárceles; McGuire (1997), observa cómo muchas religiones han integrado a la mujer en el centro de la acción del ritual; De la Torre (1995) y Bowen (1996) enfatizan en su función como animadoras en las peregrinaciones, oraciones /rezos, rosarios y principales participantes en actividades proselitistas; De la Rosa (1999) y Garma (1998) las abordan como poseedoras de algún don espiritual como el de sanidad y el de lenguas.

Recientemente hay estudios como el de Velázquez (2013) que muestran el impacto de las prácticas y creencias religiosas en el ámbito doméstico, en las percepciones y comportamientos de género y en la conformación de identidades. Collí (2014), por su parte, analiza cómo entre las mismas creyentes surgen diferencias en las formas de comprensión de los estilos de vida, que las llevan a negociar su “ser y deber ser” en cuanto a sus roles. Martínez y Vargas (2015) elaboran una distinción en función del tipo de iglesia al que asisten las personas, haciendo énfasis en los recursos utilizados para la evangelización, los espacios de participación y las experiencias de conversión, observando que los hombres conversos al protestantismo adoptan con mayor facilidad los ideales relacionados con la equidad de género y el respeto a los mayores. Sin embargo, autores clásicos como Max Weber (1999) ya habían considerado que la presencia femenina era más destacada en las religiones que enfatizaban los aspectos emocionales que se vinculaban con lo divino y destacaba su rol en los ritos de éxtasis y ceremonias de posesión en las religiones populares, pese a que en las religiones jerárquicas y burocráticas, el dominio masculino era evidente.

Con estos trabajos se puede afirmar que la religión, la vejez y el género, son variables que están presentes en nuestras rutinas cotidianas y que la importancia de la presencia femenina en lo religioso poco a poco se ha dejado sentir independientemente de los simbolismos masculinos que en muchas ocasiones promueven conductas de discriminación.

### **Las Prácticas Religiosas de Ancianos y Ancianas en las Iglesias**

Las organizaciones religiosas son espacios de refugio para las personas de edad avanzada, especialmente las más vulnerables, pobres, marginadas, desahuciadas, excluidas y segregadas.<sup>5</sup> Pero, más allá de ello, la iglesia es un espacio de encuentro social y cultural en el que se pueden observar con claridad la continuidad o discontinuidad de sus roles sociales y de género, así como las formas en las que son vividos, organizados y ordenados conjuntamente con las creencias y prácticas religiosas, pensamientos, valores y formas de ser de las personas envejecidas. Y es que los ancianos(as), como actores sociales y religiosos, tienen sus propias especificidades, necesidades, modos de estructurar sus creencias y de llevarlas a la práctica, para subsistir y beneficiarse de ellas en un sentido simbólico, emocional, espiritual e incluso material y social.

Con base en el trabajo de campo realizado en las iglesias católicas y evangélicas, se observaron diferenciaciones en actividades, ideas y horarios que realizan las personas envejecidas.

En las iglesias católicas, las mujeres acuden con más frecuencia a las misas y celebraciones matutinas y vespertinas, según sus actividades domésticas se lo permitan, mientras que los hombres son más pasivos o renuentes a participar en las celebraciones culticas y tienden a acudir por las tardes o en las noches que son los espacios de tiempo que han tomado como “libres” desde su juventud.

En las iglesias de corte pentecostal, las mujeres por lo general después de los cinco años de edad se sientan a la izquierda y los hombres a la derecha. Los ancianos son los únicos que pueden estar al frente de la congregación, mientras que a las ancianas no se les permite tal privilegio.

En las agrupaciones de corte histórico, los ancianos(as) asisten juntos, como matrimonio con sus hijos y/o nietos, pues una familia unida a lo largo de los años es ejemplo de un ideal para los demás feligreses. No obstante, en ciertos momentos del culto religioso, por cuestiones didácticas o de prácticas

religiosas, se les puede dividir por sexo e incluso por edad, para recibir enseñanzas más específicas a su rol de género y las expectativas implícitas en él. Por ejemplo, las mujeres de la iglesia pueden reunirse un día a la semana en una organización llamada “sociedad femenil”, lo mismo los hombres pueden reunirse en otra conocida como “fraternidad de varones”. La división puede hacerse por edades, “liga de jóvenes e intermedios”, “clase de adultos” y “clase de párvulos, cuneros”. Esto implica que se den interacciones sociales más frecuentes al interior de estas asociaciones, sobre todo entre personas del mismo sexo, edad o situación.

Por otro lado, en algunas iglesias neo-pentecostales, tales divisiones pocas veces se dan, por lo que se pueden entablar interacciones sociales con diferentes personas independientemente de la edad o el sexo.

En las iglesias católicas, muchas veces los hombres forman parte de una banda musical que participa en las ceremonias y liturgias, mientras que las mujeres se dedican al aseo y mantenimiento del exterior de la iglesia. Los ancianos se dedican a repicar la campana o dar anuncios sobre las ceremonias religiosas, en tanto que las ancianas visten a los santos o participan de forma activa en charlas sobre las funciones que deben tener como esposas con base en sus preceptos religiosos. En las peregrinaciones o rituales, los hombres sobresalen cargando al santo, mientras que las ancianas resaltan con sus voces en los cantos y rezos.

Es de hacerse notar que en los espacios religiosos, generalmente, la participación, la edad y la constancia son reconocidas de tal forma que un anciano católico puede llegar a ser sacristán y en una iglesia evangélica puede ser pastor o líder, o bien asumir cargos directivos o administrativos; mientras que las ancianas, por lo general, ocupan cargos de ejecución rutinarios que de alguna manera las mantienen activas y les permiten exteriorizar sus experiencias en la vejez. Obviamente hay excepciones y pueden llegar a ser dirigentes, pero no deja de haber exclusión y desigualdad salarial, o escaso apoyo para ascender de puesto.

Soy Pastora, tengo 35 años de servicio, y desde ese entonces no he tenido voz y voto como los pastores que tienen cargos como superintendente u obispo, mi opinión debe ser reservada, porque entre ellos se hacen compadres y se van rolando los puestos de poder que tienen mejor pago, yo ya estoy esperando sólo que El Señor me llame a su presencia... RC, 65 años, Metodista.

Las diferencias señaladas no sólo se dan en el plano práctico, ritual, sino también a nivel simbólico y de significado; en la cosmovisión religiosa sobre la salvación, la eternidad, el infierno, Dios y la muerte, de tal manera que, por ejemplo, mientras un anciano al pensar en la muerte se pregunta qué será de su parcela y los animales, sin su supervisión, una anciana, piensa en los nietos y los hijos, especialmente en los “descarriados”, así como en lo que será el cuidado de su cónyuge. Y, aunque ambos coincidan en que la muerte es un destino común, un hecho que va afectar la vida de sus familiares, actividades e individualidad, causando tristeza y angustia entre los allegados al difunto, muchos tienen esperanza en el “más allá”. En el caso de los ancianos católicos, hay una visión de la eternidad como un lugar donde se podrá disfrutar de la tranquilidad, la presencia de Dios y la alegría, sin los problemas de la vida actual. En el caso de los evangélicos, se tiene la creencia de que en la eternidad estarán muy activos alabando y glorificando a Dios, esa será su principal tarea: “... el glorificar su santo nombre.”

Es un lugar muy concurrido donde están los apóstoles, millares de personas vestidas de blanco y con mucha luz; donde hay descanso y solaz (FVM, 73 años, Católico).

En este lugar si bien ya no tendremos de qué preocuparnos de nada, vamos estar concentrados en alabar a nuestro Dios, contentos y felices platicando con Él día noche sin descanso sin nada que nos moleste (MSH, 69 años, Bautista).

No obstante, pese a esta visión esperanzadora, las ancianas católicas se aferran a una visión marcada por las diferencias de género que vivieron, destacando sus roles asignados.

Vamos a estar con Dios, con la virgen de Guadalupe y seguramente allí, estarán los santitos y las almas de los difuntos y mi esposo que fue muy devoto. Así como en las películas con angelitos alrededor, rodeados de flores. Nosotras estaremos tejiendo o confesionando hermosos trajes y los hombres armando arreglos hermosos para ofrecerlos a la Virgen y a su hijo Jesús (COU, 69 años, Católica).

Allí, ya no vamos afligirnos por la comida, ni por los hijos. Es un tiempo de paz de tranquilidad, de perdón y de gran alegría, porque va uno a encontrarse con sus hijos y con sus familias. Tendremos tantas cosas que contarnos... (MOD, 70 años, Neo-pentecostal).

Cabe mencionar, con base en estos ejemplos presentados, que los significados y símbolos religiosos de las personas de edades avanzadas constantemente se ven amenazados por las ideas de las demás generaciones, o, si no, se ven debilitados por la desvinculación con el grupo. Todo esto genera que constantemente se estén construyendo y deconstruyendo significados, símbolos, prácticas, roles, que se vuelven cada vez más personales y adaptados a sus circunstancias individuales, donde muchas de las veces se olvidan de diferenciaciones de género, edad o posición teológica.

... fui catequista 5 años y a mí no se me pegó nada, si usted quiere; nomás la persignada, esa sí no se me olvidó; pero yo, de oraciones y rezos y eso: nada. Ora que ya no veo, me gustaría saber más, pero ahora ya no puedo (...), cuando era muchacha, mandaba a mis criaturas a hacer su primera comunión y eso, pero ya después ya no, pensaba de que fueran a la iglesia, mejor que me ayuden a arreglar la casa, sólo que vayan a misa y con eso (...), pienso que a mi edad uno no necesita tanta prédica, con que se porte uno bien con eso más que suficiente (CR, 87 años, Católica).

A misa iba a diario, pero ya no puedo ver. Yo me quedo ahora en casa, aquí me encomiendo a la virgen y a los santos, al sagrado corazón de Jesús, platico con mis animales (pollos, gatos y perros). A veces pienso que es mejor estar aquí sola que estar en la iglesia tijereteando a los que van. (LH, 75 años, católica).

Obviamente que habrá ancianos(as) que, por su lucidez, vigor, capacidad física y actividad, no presenten estas situaciones, y que continúen internalizando modelos de identificación elaborados previamente en su sociedad,<sup>6</sup> con los cuales regulan genéricamente las situaciones, las actividades, conductas, sexualidad, sentimientos, deseos y explicaciones que dan significado a sus experiencias de la vida, las formas de aprehender el mundo, consciente o inconscientemente, así como el despliegue de representaciones, imágenes, entendimientos cognoscitivos y respuestas que guían y regulan la vida y el comportamiento cotidiano.

### **Las Discontinuidades en los Roles y la Forma en que se Flexibilizan las Fronteras entre lo Femenino y lo Masculino**

Hasta aquí hemos visto que los ancianos(as) son poseedores de criterios bastante sólidos acerca de sus creencias y prácticas religiosas, pues son los que fundamentan con mayor amplitud el porqué de las mismas y participan con mayor sistematicidad y fervor en los cultos, celebraciones de determinadas fechas, ritos y peregrinaciones siempre y cuando sus capacidades físicas y mentales lo permitan. Sin embargo, son los más vulnerables a sufrir cambios radicales en sus conductas, formas de pensamiento y reflexión, valores y referentes de interacción social, los cuales se viven acompañados generalmente de nostalgia, tristeza, alegría, satisfacción, soledad, depresión, pobreza o exclusión. En la vejez, las personas sufren una adaptación constante a nuevas formas de comprender y relacionarse con lo que los rodea, y las creencias y prácticas religiosas les permiten adquirir nuevos significados en correspondencia con las situaciones de vida que experimentan.

A mí, ya se me olvida todo, ya no sé dónde vivo, donde están las llaves de la casa, lo que dejo en la lumbre. La otra vez quise ir al mercado que se pone junto a la iglesia y ya no supe regresar, le pedí a la virgen que me ayudara a recordar, afortunadamente hubo alguien que me conoció y me trajo de retorno a la casa. Tengo miedo a perderme. Por eso ya no salgo, sólo voy a misa y acompañada. Ya casi nadie me visita, y aunque vienen a verme, yo no me acuerdo de ellos y me da pena por no poder platicar con ellos. (TR, 77 años, Católica).

Un hallazgo importante de mi trabajo de campo es que las discontinuidades en los roles en la población anciana eran más notorias entre los ancianos que entre las ancianas, debido a que los hombres, al tratar de evitar el ostracismo social que les han dejado la jubilación y la incapacidad física para trabajar, se ven en la necesidad de adaptarse a nuevas tareas que las ancianas han llevado a cabo en el ámbito doméstico de forma rutinaria desde su juventud como cocinar, hacer el aseo de la casa, ir por los nietos a la escuela o cuidar enfermos. En este sentido, las nuevas rutinas son vistas por las personas mayores como parte de un sistema de complementariedad conyugal.<sup>7</sup>

Siempre ando buscando en que entretenerme, barro, escombros, riego las plantas, llevo a mis nietos a la escuela, voy por ellos, acompaño a mi esposa a sus terapias, le lavo el coche a mis hijas, Me canso, me siento y duermo un ratito, y busco en qué mantenerme ocupado, trato de sentirme útil. (JA, 73 años, Católico).

Siempre estuve atendida a él, él siempre estaba al tanto de las cosas que hacían falta en la casa, de los trabajos del campo, y ya después con su enfermedad (se fue quedando ciego), abandonó sus tierras y pues yo tuve que entrarle pues mis hijos estaban en Estados Unidos, yo me entendía con los jornaleros en los trabajos que había en el campo, además de cuidarlo y atenderlo con sus comidas y aseo de la casa. A veces le digo, ahora yo soy el hombre y tú la mujer, pues yo ando haciendo lo que él hacía y él se queda cuidando la casa. (AR, 71 años, Neo-pentecostal).

Nada me apura; nada más estoy comiendo y durmiendo, no tengo que trabajar: me siento en el corredor y ahí estoy viendo quién pasa. Me canso y me acuesto un rato. En las tardes les digo a mis nietos que me lean la Biblia. Me pongo a ver novelas con mi esposa, Y cuando me aburren me voy hacer algo en la casa, pero... ¡me canso! Siento que las manos se me hormiguean al agarrar las cosas... Así me la paso: a las 6 de la tarde me da de cenar mi esposa y me vuelvo a sentar en mi cama; espero a que llegue la noche y me acuesto a dormir a las 9. Pero no duermo! Vengo a quedarme dormido a media noche, cuando me vence el sueño. Me pongo a recordar cuando yo trabajaba en el campo, en medio de los maizales, cuando venía la cosecha, cuando regresaba a casa bien cargado con la leña. (CH, 79 años, Pentecostal).

Asimismo, observé que la enfermedad y la discapacidad modifican los roles de género, pues, aunque las personas vayan perdiendo poco a poco sus habilidades, no necesariamente se presenta una pérdida del poder en la familia. Más bien se manifiesta una entrada a la esfera privada, en donde especialmente los hombres desconocen las actividades que se tienen que realizar, ya que la mayor parte de su vida estuvieron en la esfera pública. En palabras sencillas, en la vejez avanzada (de 75 y más años), tanto el hombre como la mujer comparten más equitativamente la jefatura y trabajos del hogar. Entonces, ¿será posible encontrar una mayor equidad entre hombres y mujeres, acompañada por una vida cada vez más privada y pacífica?

Con la enfermedad de mi esposo, tuve que entrarle al trabajo en la parcela y dejar un poco la cocina. Yo soy la que voy a ver a los peones si están haciendo bien el trabajo, voy a las reuniones ejidales donde se toman decisiones sobre la producción de nuestros cultivos, mi esposo se queda en la casa, como ya no ve, le es difícil hacer lo que antes hacía, pero él sigue aconsejándome cómo debo de hacerle para trabajar con los peones y qué hacer en cada situación. (LR, 67 años, Católica).

Es importante señalar que, a medida que se conquistan edades por arriba de los 75 años, el caso de los ancianos(as), independientemente de su sexo, sus símbolos y significados se ven amenazados, ya sea porque se privilegian a los de las generaciones más jóvenes o porque algunos de ellos no pueden participar de manera activa en los rituales y prácticas religiosas a causa de sus enfermedades y discapacidades, lo cual repercute de manera negativa en sus vidas, pues, al irse reduciendo la participación cultica, el círculo social se reduce a veces a niveles íntimos o familiares únicamente, lo que implica que en la vejez se adopten ciertas prácticas, símbolos y significados religiosos cada vez más personales y adaptados a sus especiales circunstancias.

Yo ya no creo en que el Papa sea el representante de Cristo en la tierra, con tanto que se ha visto que hacen, ya ve Usted el Maciel, pederasta, mujeriego, alcohólico, y sepa Dios que tanto más. Yo ya no les creo, por eso ya no voy a misa, mis hijas me dicen: hay papá ya se está haciendo usted ateo. Yo trato de ser buena persona y con eso basta, yo soy más santo que el santo Papa. (DV, 85 años, Católico).

Antes daba gracias a Dios por los alimentos antes de comer, ahora poco lo hago públicamente, no porque ya no esté agradecido con Dios, sino porque en lo más profundo de mí siempre lo hago. Mis hijos me critican que ya no me acuerdo de los principios que les enseñé, pero no es así, cuando uno va madurando se da cuenta que como ya no tiene uno que educar, es posible flexibilizar rutinas y a veces hasta significados que antes eran algo muy rígido. Ahora como que las adaptamos a nuestras necesidades más personales. (RP, 70 años, Pentecostal).

Entonces, si partimos de que cada etapa de la vida tiene su propia devoción, compromiso religioso y social, es relevante señalar que especialmente en las personas de más de 75 años encontramos una mayor acuciosidad por buscar la tranquilidad, la paz, la espiritualidad, la libertad y

la equidad. Ser hombres o mujeres es menos importante que ser humanos, que “ser uno mismo”, por lo que los estilos de vida se centran más en el respeto y la cooperación. En este escenario, la religión ofrece un marco de certezas, para saber qué hacer, sobre todo, cuando las fuerzas declinan, y ya no quedan ganas de luchar o hacer planes a futuro pues están situados en el “hoy”: “en este momento”.

Con lo anterior no quiero decir que en edades avanzadas las distintas carreras, conflictos, competencias y luchas de la vida lleguen a su fin, sino que las relaciones entre hombres y mujeres se vuelven más cooperativas y complementarias, y, aunque el rol de líderes de los hombres no deja de ser jerárquico a costa de la sumisión de las mujeres, ni el de éstas deja de ser privado, operativo y doméstico, ambos aprenden a apoyarse mutuamente para subsistir, resistirse a la dependencia y el rechazo.

Cada día es más difícil ajustarse a los ideales de la vejez exitosa, sobre todo cuando se alcanzan edades por arriba de los 75 años, pues resulta difícil salir de casa porque el aire daña y la luz molesta, por los riesgos que se corren y ya no se diga por la inseguridad y la violencia que se vive en la sociedad. La sensación de ser una carga aumenta y sólo se desea vivir sin complicaciones y tranquilidad. Sin embargo, aun cuando este tipo de personas envejecidas se ven en ese círculo vicioso, donde los espacios más comunes son la recámara, la cocina y la ventana (cuya vista les dice que hace mucho que han dejado de pertenecer a este lugar y tiempo), no se pierde la esperanza de continuar viviendo. Los casos analizados muestran que la espiritualidad sigue allí fortaleciendo al cuerpo cansado, discapacitado, enfermo, dando sentido y significado a su dependencia, a las despedidas y heridas diarias, a la soledad que llenan las horas de su existencia.

Cuando se llega arriba de los 75 años como hombres, ya no se trata de presumir de los cheques y todas las puertas y ventanas que se han abierto, de decir que se es fuerte, de presumir una vejez activa, ya no tiene sentido presumir los títulos, porque al final de cuentas los títulos los da la vida para bien o para mal. Como mujeres, ya no tiene mucho sentido luchar o lamentarse por ese puesto directivo, ni decir que se ha triunfado sobre el patriarcado social y divinamente concebido e impuesto, resulta cada vez menos atractivo desear vestidos, zapatos, ir a la moda. Se trata más bien de preguntarse por el sentido de las cosas. Luego, entonces, “¿Para qué asumir como obligatorio cumplir con las expectativas que se les han impuesto?” Las

fronteras entre ser hombre y mujer se flexibilizan porque ante todo la vida gira en torno a fines, objetivos. Ya no importa quién limpia la casa o quién haga esto o aquello, lo que importa es que esté limpia, el estar vivos, lo que importa es que haya comida sobre la mesa y medicina en el botiquín. Si se tiene a alguien a lado, no importa de qué cartera se paga la luz, el agua o el teléfono, quién siembra o quien recolecta, quién vela en la cama al otro, a veces es el hombre, a veces la mujer, pues el fin último es garantizar nuestra supervivencia y una vida medianamente digna, es centrarse en la paz, el consuelo y hacer del ser supremo un benefactor, un amigo, un escucha, alguien que comprende los males, da explicación, alivio y ayuda para comprender cuánto se ha crecido a lo largo de la vida para encontrar perdón y redención. Porque las metas van más allá de la presunción, pues, independientemente de la iglesia o adscripción religiosa, con la fe solventa las incapacidades, flexibiliza las relaciones, ablanda los corazones y hace convivir en relaciones de cooperación y complementación.

La discontinuidad de los roles en la vejez dentro de un ámbito religioso da para reflexionar mucho más, no sólo en el ámbito de las relaciones entre hombres y mujeres o la reconfiguración y reconstrucción de los valores, percepciones y rutinas de vida en el último trecho de la existencia, sino en todo lo que es nuestra existencia. Es necesario tener presente que cada día cambian nuestras formas de creer, pensar, actuar, deber y poder, por lo que no hay que esperar a que la vida nos rebase y llegar con mayor conciencia a esas canas y esa devoción.

## Notas

<sup>1</sup> Entiendo los roles como un conjunto de relaciones interdependientes diseñadas culturalmente que implican deberes y derechos conquistados por el individuo en su carrera hacia la vejez y distribuidos según el sexo. Los distintos roles se adquieren por aprendizaje social y en relación con intereses o necesidades.

<sup>2</sup> Bourdieu (2000), en un análisis etnológico de los Bereberes de Cabilia, observa conflictos, luchas de poder y una disertación existencial entre el “ser” y el “deber ser” en lo que se refiere al género. Por ejemplo, señala que los hombres buscan destacar en la vida pública y someten a la mujer a roles privados y pasivos tomando control del espacio, ejerciendo autoritarismo tanto en la dinámica del hogar, como en la sexual, y excluyéndolas de ciertos grupos.

<sup>3</sup> Arias (2009), realiza un análisis de las mujeres mexicanas que emigran de contextos rurales hacia las grandes ciudades y observa cómo son cuestionadas en lo referente a su sexualidad

debido a que el dinero y el alejamiento del hogar se consideran como ventanas hacia el libertinaje, lo que las excluye de las herencias y el apoyo de sus familias, en las que se privilegia a aquellas que cumplen su rol de cuidadoras. Briñon (2015) enfatiza la división tradicional del trabajo en la que el rol de las mujeres se limita a las labores domésticas y de cuidadoras de niños, dependientes y ancianos(as), lo que se justifica en la experiencia o ideal de maternidad. Ripoll (2014), por otro lado, comenta que, si bien vivimos en una sociedad más igualitaria en la que los hombres también participan de forma activa en las tareas domésticas a modo de cooperación, no deja de presentarse una cierta inequidad en lo que se refiere a las mismas, ya que los varones toman las más sencillas y dejan las más tediosas a las mujeres.

<sup>4</sup> Es pertinente hacer alusión a que, a mediados de los años 50, surgen las primeras críticas dentro de lo que será llamada la teología feminista, cuya idea fundamental era la de buscar una igual dignidad del hombre y la mujer, criticando la sociedad patriarcal y resaltando el sufrimiento de la mujer.

<sup>5</sup> Vázquez (2015) ha mostrado que las iglesias son espacios donde los ancianos(as) pueden mejorar la situación por la que atraviesan, solucionar o mitigar algunas de sus necesidades más esenciales. Mediante este tipo de organizaciones, según el autor, es posible contribuir de una manera más eficaz al fortalecimiento de las redes de apoyo intergeneracionales, tanto al interior de la familia, como con los miembros del grupo religioso y vecinos.

<sup>6</sup> Hay que subrayar el papel de la familia que, junto con otras instituciones como la iglesia y la escuela, delinea las prácticas y posibilita la interacción social en los espacios públicos y privados, pues, a través de la interacción con padres, hermanos, tíos y abuelos, nuestros informantes aprendieron los preceptos religiosos, valores, esquemas cognitivos y modelos culturales existentes, sobre lo que corresponde a cada uno y las conductas que se esperan de ellos en diferentes contextos y situaciones, lo que contribuye a conformar las identidades religiosas y de género.

<sup>7</sup> En ninguno de los casos analizados pude observar indicios de competitividad entre los cónyuges.

## Referencias

- Arias, Rosas M. (2009). *Del Arraigo a la Diáspora*. México: Porrúa.
- Bijarro Hernández, F. (2005). El rostro de la miseria y la vejez. El adulto mayor de las zonas periféricas de Ciudad Victoria Tamaulipas, México. *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades*, XV(001), 11-33. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=65415101>
- Briñon García, M. (2015). ¿Por qué cuidan las mujeres? *Agora*. Recuperado de <http://agorarsc.org/por-que-cuidan-las-mujeres/>
- Bourdieu, P. (2000). *La Dominación Masculina*. España: Anagrama .

- Bowen, K. (1996). *Evangelism and Apostasy. Evolution and Impact of Evangelicals in Modern Mexico*. Montreal: McGill-Queen's University Press.
- Brusco, E. (1986). *The Household Basis of Evangelical Religion and Reformation of Machismo in Colombia*. Tesis de doctorado en Antropología. Estados Unidos: Universidad de Nueva York.
- Collí Vallejo, C. (2014). *Guardianas del hogar: Estilos de vida de las mujeres Mormonas*. Tesis de Maestría en Antropología Social. México: CIESAS.
- De la Torre Castellanos, A. (1995). *Los hijos de la luz; discursos, identidad y poder en la Luz del Mundo*. México: CIESAS.
- De la Rosa Muñoz, M. (1999). El papel de las mujeres en la difusión de tres grupos pentecostales en Banderilla. En: Vázquez Palacios, F. (coord.), *Las interacciones sociales y el proselitismo religioso en una ciudad periférica* (pp.115-144). México: CIESAS.
- Garma Navarro, C. (1998). Las posiciones de liderazgo para las mujeres en las iglesias pentecostales y en otras minorías religiosas de México. *Religiones y Sociedad*, 2(3), 31-48.
- L. F., A. y Bastida Aguilar L. (2015). Ser vulnerable no equivale a ser víctima: Judith Butler. *NotieSe*. Recuperado de [http://www.notiese.org/notiese.php?ctn\\_id=8015](http://www.notiese.org/notiese.php?ctn_id=8015)
- Lagarriga, I. (1995). La mujer en la heterodoxia religiosa en México. *Primer Anuario de la Dirección de Etnología y Antropología Social*. México: INAH.
- Lombardo Otero, R. (1994). *La mujer tzeltal*. México: Instituto Nacional Indigenista S/E
- Malinowsky, B. (1980). *The sexual life of the savages*. EUA: Beacon
- Márquez Serrano, Margarita (2007). Desprotección social en adultos mayores viviendo en la pobreza urbana. *Salud Pública de México*, 49, 346-348. Recuperado de <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/106/10649136.pdf>
- Martínez Canizales, G. y Vargas Valle, E. (2015). *Género y religión: actitudes y expectativas de los jóvenes mexicanos*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Recuperado de [http://www.somede.org/xireunion/ponencias/Adolescentes%20y%20jovenes/672012\\_Martinez,\\_Vargas\\_SOMEDE.pdf](http://www.somede.org/xireunion/ponencias/Adolescentes%20y%20jovenes/672012_Martinez,_Vargas_SOMEDE.pdf)

- McGuire, M. (1997). Extended Application: Women's Religion and Gender Roles. En: McGuire, M. (coord), *Religion. The Social Context* (pp. 120-140). Belmont: Wadsworth Thomson Learning.
- Mead, M. (2001). *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*. EUA: Happer Collins.
- Montes de Oca, V. y Hebrero, M. (2007). Los servicios y la seguridad social, experiencia institucional en la vejez. *Salud Pública de México*, 49, 353-356. Recuperado de <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/106/10649138.pdf>
- Ortiz Echaniz, S. (1990). *Una religiosidad popular: El Espiritualismo Trinitario Mariano*. México: INAH, UNACH, UNAM.
- Ramos Padilla, Miguel Ángel (2005). *La masculinidad en el envejecimiento: Vivencias de la vejez en varones en una zona popular de Lima*. Perú: Asociación Peruana de Demografía y Población.
- Reyes Gómez, Laureano (2002). *Envejecer en Chiapas. Etnogerontología zoque*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ripoll Arcacia, C. (2014). La participación del varón en el trabajo doméstico - Desigualdad de género. *Ssociólogos*. Recuperado de <http://ssociologos.com/2014/05/22/la-participacion-del-varon-en-el-trabajo-domestico-desigualdad-de-genero/>
- San Román, T. (1989). *Vejez y Cultura. Hacia los Límites del Sistema*. España: Fundación de Caja de Pensiones.
- Simmons, L. (1945). *The role of the aged in primitive society*. EUA: Yale University Press.
- Vázquez Palacios, F. (2012). La otra cara de la eternidad: la visión de los adultos mayores sobre el infierno. *Revista del Centro de Investigación Universidad La Salle*, 10(38). México, 5-18.
- Vázquez Palacios, F. (2014). Older people's Imaginarium about life after death. *Journal Kairós Gerontologia*, 17 (Special Issue), 35-48.
- Vázquez Palacios, F. (2015). Una experiencia de trabajo intergeneracional entre creyentes en edades avanzadas. *Congreso internacional de SIEUV*. México: UNAM. 12-13 de marzo.
- Velázquez Solís, Alberto C. (2013). La institucionalización religiosa del género en Ticul, Yucatán. Un estudio comparativo de tres grupos religiosos. *Desacatos*, 42, 161-180. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13926971010>

Weber, Max. (1999). *Sociología de la religión*. Editado por Elaleph.com.

Recuperado de

[http://www.mercaba.org/K/areligiones/Max\\_Weber\\_\\_Sociolog%C3%ADa\\_de\\_la\\_Religi%C3%B3n.pdf](http://www.mercaba.org/K/areligiones/Max_Weber__Sociolog%C3%ADa_de_la_Religi%C3%B3n.pdf)

**Felipe R. Vázquez Palacios** es Investigador del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social del Golfo (México)

**Contact Address:** [fevaz@msn.com](mailto:fevaz@msn.com)